

José Miguel Cuesta Puertes y José Rubio Sánchez

EL SUSURRO DE LAS FLORES MARCHITAS

DOLMEN
EDITORIAL

PRÓLOGO

DESDE EL MISISIPI HASTA DOLMEN

Por nuestra línea han pasado ya todo tipo de zombis: Romerianos unos, otros con capacidad de razonar y sentir, zombis que solo salen por la noche e incluso algunos nacidos de experimentos genéticos practicados sobre los muertos. Pero si algo nos faltaba en la Línea Z era el zombi proveniente del vudú, la religión de los esclavos. Ese muerto resucitado mediante magia negra para trabajar bajo las órdenes de los crueles Bokos. Sin escrúpulos, sin alma, sin voluntad.

José Miguel Cuesta y José Rubio tienen muchos libros ya a sus espaldas, e incluso han sido finalistas del premio Planeta. Es por eso que cuando nos presentaron su novela «El susurro de las flores marchitas» no dudamos que nos encontraríamos ante algo grande, y así ha sido. Estos dos autores valencianos han pergeñado una historia plagada de acción a raudales, de asesinatos, de investigación, de magia. Donde la ciudad bañada por el Misisipi, la cuna del Jazz: Nueva Orleans, es una protagonista más de la novela. Una ciudad donde el peligro aguarda en cualquiera de sus oscuros y sucios callejones, una urbe profundamente religiosa y festiva al mismo tiempo, donde Loas,

Bokos, brujas míticas o zombis campan a sus anchas. Donde la magia es real y se convive con ella.

Es allí donde nuestros dos autores nos presentan a este detective de lo paranormal, legítimo hijo de las tragedias griegas: Áureo Kavanac, malhablado, tosco y borracho por devoción, y por si fuera poco, encargado de resolver un misterioso caso: ¿Qué está sucediendo en Nueva Orleans con esas bellas jóvenes que están desapareciendo de la ciudad?

Tendrá que averiguarlo pronto, porque la ciudad está a punto de cambiar para siempre.

Pasen y lean. Ah, y no olviden mirar esta noche sus almohadas, podrían encontrar alguna pluma de gallina, y no sería bueno eso, no.

JUAN DE DIOS GARDUÑO
JULIO, 2011



Para Isabel

JOSÉ MIGUEL CUESTA PUERTES

*Dedico esta novela a todos mis amigos,
en cada personaje hay algo de ellos.*

JOSÉ RUBIO SÁNCHEZ





I

LA REINA BRUJA DE NUEVA ORLEANS

*Ciertos lugares hablan con su propia voz. Ciertos jardines
sombrios piden a gritos un asesinato; ciertas mansiones
ruinosas piden fantasmas; ciertas costas, naufragios.*

ROBERT LOUIS STEVENSON

Existe un mundo oculto donde la oscuridad se envuelve de sombras. Un mundo desconocido y apenas sospechado, que se esconde a los ojos de los hombres tras múltiples velos de ignorancia, superstición y rechazo. A veces te aparta como si fueras algo ponzoñoso y molesto, ajeno a sus intereses, otras te aprisiona como a un insecto en la tela de una araña. Entonces ya no puedes escapar, es demasiado tarde, la oscuridad te inyectará su veneno y, cuando tu interior no sea más que un líquido pastoso, te absorberá la médula y hasta la última gota de sangre.

Pero por mis venas corre sangre irlandesa. Es una sangre áspera, difícil de digerir.

Mi padre nació en una pequeña población llamada Bushmills, en una región casi perdida del norte de Irlanda, situada en el condado de Antrim, limitando con Down y

1



bastante alejada de las ciudades más populosas de Bangor y Downpatrick. Era una aldea de apenas un centenar de habitantes, de casas pequeñas y calles estrechas. Los caminos se cortaban bruscamente a la vista de los inmensos acantilados, donde el viento susurraba o gritaba, según su estado de ánimo.

Cuando pudo, con apenas poco más de veinte años, emigró de aquel mundo pequeño y oscuro dejando pocos amigos, menos familiares y un par de amantes. Debe entenderse por amantes a dos jovencitas de apenas diecisiete o dieciocho años con las que no hizo sino meterse mano y poco más. Pero, sobre todo, dejó el después añorado buen whisky, que había disfrutado y compartido con pocos amigos y con su soledad. Aunque las dos últimas necesidades las volvió a encontrar de nuevo, en mayor o menor grado, más adelante. Peor bebida que la de su tierra natal, claro, y mejores mujeres que las que había dejado atrás. Eran los años cincuenta del siglo pasado, es decir, sobre 1955, cuando en Europa todavía resonaban los ecos de la Segunda Guerra Mundial y las heridas abiertas comenzaban a cicatrizar poco a poco en el desangrado viejo continente.

En vista de lo que le esperaba en su pequeño pueblo: mujeres apocadas, amigos borrachos y días anodinos, abandonó sin remordimientos aquel lugar cargado de supersticiones y hastíos. Era un mundo anclado en un tiempo remoto donde las calles, durante las noches, eran habitadas por espectros ululantes. Los campos eran recorridos, día y noche, por demonios enfurecidos en perpetua guerra contra los humanos, a los que, cuando podían, cazaban como conejos, mataban, descuartizaban, devoraban y, antes o después de estas atrocidades, violaban hasta

quedar agotados y exhaustos de sus infernales fuerzas. Tal vez existieran de verdad seres malignos, y por los senderos cabalgara y acechara el Dullahan, o quizá fuese algo mucho más real: el pillaje que siempre ronda la miseria, hombres que enloquecen en la soledad de los páramos y se transforman en asesinos o violadores que, amparados por la noche, daban rienda suelta a sus más recónditos deseos; lo cierto es que allí la gente vivía en medio de un ambiente de temor insoportable, una circunstancia de la que mi padre no era ajeno.

Los recién nacidos estaban unidos a un funesto e inexorable destino y, sobre todo, llegaban a esta vida con la marca ardiente de la más absoluta resignación grabada en la piel, en el corazón y en la mente. No había ni un atisbo de esperanza, solo sobrevivir lo mejor que se pudiera, pasar cada día de forma desapercibida, trabajar en silencio de sol a sol y después, los hombres más osados, perderse en los efluvios de la taberna, y más tarde dormir con la sangre de las venas transmutada en ardiente alcohol.

Un día, mi padre se cansó de ser un infeliz resignado. Cogió todo el dinero que tenía, la ropa que llevaba puesta, unos pantalones que se anudó a la cintura y una manta gruesa para soportar las frías noches y se fue un amanecer, justo cuando el sol despuntaba entre los campos derritiendo la escarcha de la noche, como mantequilla en un horno.

Había oído hablar del puerto de Dunfanaghy, donde, por poco dinero y muchas ganas de trabajar, se podía conseguir algún puesto en los barcos que, cargados de hombres y mujeres hambrientos de vida, se lanzaban al mar enfrentándose a una peligrosa travesía en busca de una pizca de esperanza. Había escuchado en las noticias que

trasmitían las emisoras locales a través de los escasos aparatos de radio, que los Estados Unidos, al otro lado del océano, acogían con los brazos abiertos a todos aquellos que llegaban con ansias de trabajar, en busca de aventuras y oportunidades. Ese país seguía siendo el Paraíso perdido, como lo había sido más de cincuenta años atrás. El sueño todavía perduraba y se extendía entre la gente, sobre todo en aquella humilde comunidad, como la luz de un faro de esperanza. En aquel lugar fijó su próxima meta.

Después de varias semanas caminando por senderos intransitables hasta para las cabras, sortear quebrados acantilados y sufrir los latigazos del frío durante noches pasadas a la intemperie y del hambre quemando sus entrañas durante días, llegó hasta el puerto. Una vez allí no le costó mucho embarcar, si bien tuvo que invertir todo el dinero que llevaba, lo cual no debió importarle mucho, pues allí donde iba ya no le serviría para nada. En aquellos tiempos los patrones tenía necesidad de manos rudas y brazos fuertes, que pudiesen soportar la dureza del viaje a través del océano, y mi padre era joven, vigoroso y con determinación. A pesar de todo, era un puerto alejado de las principales ciudades y el comercio escaseaba bastante. La gran mayoría de las embarcaciones fondeadas eran pequeños pesqueros, y la seguridad y robustez de los barcos que cruzaban al otro lado del Atlántico dejaban mucho que desear; pero el riesgo valía la pena. Al final era un negocio más, como la pesca, los bares o los prostíbulos que salpicaban el pequeño puerto. El negocio de las necesidades humanas.

No partió hasta una semana después. Mi padre, de la milenaria familia de los Kavanac, con el miedo supersticioso y ancestral corriendo por su venas, se preguntó, mien-

tras el barco zarpaba lanzando bocanadas de humo negro y escupiendo carbonilla a los cuatro vientos, si no llevaba consigo, aferrado a su persona como un parásito, algún espíritu, algún leprechaun o un banshee aullante, que lo estaban utilizando como medio de transporte para cruzar el gran océano y extenderse por nuevas tierras y propagar allí sus terribles gemidos. Lo que no sabía entonces es que, el llamado Nuevo Mundo, tenía sus propios demonios.

El pobre hombre, tras una travesía y un largo deambular repleto de penurias, privaciones y sufrimientos, acabó, y al mismo tiempo empezó, en Nueva Orleans. Una ciudad que, en aquellos tiempos, era aún más tenebrosa que el pequeño pueblo que había abandonado. Tres o cuatro años después de su llegada, de pasar o mal pasar como podía desempeñando cualquier trabajo que le pudiera surgir, y despertar finalmente del sueño que no era tal, conoció a la que sería su esposa y mi madre. Durante un tiempo, más bien breve, fue toda su vida, la razón de su existencia.

He hablado, tal vez demasiado, de mi padre, ya que de alguna manera soy un poco como él, todos nos parecemos algo a nuestros progenitores. No se puede engañar a los genes. He de admitir que no llegué a conocerlo, por lo menos no tengo ningún recuerdo claro de él, ni siquiera he visto fotos suyas, que me hubieran permitido hacerme una idea de su rostro y de su porte. Fue mi madre quien me habló de su periplo, fue ella la que me contó todo lo que sabía de él. Creo que se sentía culpable, y tal vez con razón, de que el hombre se largara en cuanto pudo. Mi madre me dijo que nos abandonó cuando yo todavía no había cumplido los dos años. Hablo de mi padre porque llevo algo de él en mis genes, no solo en el aspecto físico,

sino en mi carácter irlandés. Pero no me importa lo que le pueda haber ocurrido. Quien verdaderamente me importaba era mi madre, la que me dio y moldeó mi vida.

Por alguna razón inexplicable, quizá una especie de intuición mía, no estoy seguro del todo, pienso que el hombre no se fue así sin más. La expresión de mi madre al hablar de él, alguna contradicción en la historia que contaba, me hace pensar esto, pero tal vez solo sea una impresión sin fundamento. Lo que es indudable es que no todos los mortales están preparados para compartir el lecho y vivir en el mismo mundo que habitaba, sufría y amaba Docelia Marie Lachaise, la reina bruja de Nueva Orleans, mi madre. Aunque he de reconocer que tampoco me importa lo más mínimo que fuera o no fuera así. Mi padre, siempre ha sido y será, solo una sombra lejana.

He heredado el apellido de mi padre, Kavanac, un apellido que se ha mantenido durante generaciones, sopor-tando el paso del tiempo, cruzando el océano y comenzando una nueva. Mi madre decidió el nombre de pila, parece ser que a mi padre le traía sin cuidado. Así que me llamó Áureo, que significa dorado.

Casi todo lo que he aprendido, tanto lo bueno como lo malo, me lo enseñó ella; la mujer que me dio la vida y, al mismo tiempo, me la maldijo. No me refiero a lo que me ha deparado la existencia: días miserables y llenos de amargura, atrapado en recuerdos que me asaltan como pesadillas esté dormido o despierto, envuelto la mayor parte del tiempo en los vapores del whisky barato.

Como he dicho, parte de mi sangre es la de un irlandés siempre supersticioso y, habitualmente, borracho. La otra mitad, es la de una hechicera de Nueva Orleans.

Mi madre era una mujer blanca, casi albina, en una ciudad de negros. Esto es extraño por una razón muy significativa, porque a su vez, su propia madre, venía directamente del reino africano de Dahomey, el área cultural, oscura y profunda, de los pueblos Fon, Gun, Mina y Ewe, la cuna del vudú. A pesar de su ascendencia, ni un solo atisbo de su remoto origen permanecía en su piel, aunque sí en su alma.

Entre las cosas que me enseñó se encontraba el dormir siempre con unas tijeras abiertas bajo la almohada y mirar alrededor, cada pocos días, por si encontraba algo sospechoso, como hojas secas, pelo, plumas, pequeñas cuerdas, granos de maíz o huesos de gallina. Si aparecía alguno de estos objetos o cualquier otro sospechoso, tenía que espolvorearlo con sal y después quemarlo. En nuestro mundo los hechizos, conjuros y maldiciones estaban a la orden del día, y siempre era conveniente encontrarse tan preparados como fuera posible. La mujer tenía muchos amigos, pero también eran muchos los que la odiaban a muerte o algo peor. En los peligrosos dominios del vudú todo es posible y, habitualmente, la muerte es el menor de los castigos y el más piadoso.

Docelia Marie Lachaise, fue una sacerdotisa vudú muy respetada en la comunidad. Teníamos un rincón en nuestra humilde casa donde se pasaba horas orando a su Loa, la versión africana y negra de Afrodita: Zili Freda Dahomey, que era considerada la Mujer por excelencia. Loa de la fertilidad y de las cosechas, pero sobre todo del amor y de las relaciones sexuales. Se trataba de una diosa caprichosa y seductora, como también lo era mi madre. En los coloridos relatos de la religión vudú, rara era la ocasión en

la que no acababan acostándose entre ellos todo el panteón de dioses y Loas. En ese mundo de historias y mitos, Zili Freda Dahomey siempre quedaba insatisfecha, su deseo nunca se saciaba. En eso, la diosa también se parecía a mi madre. Es muy probable que mi padre huyera asustado ante el frenesí sin límite de su esposa y que se marchara en la noche, escapando como un ladrón, pero rezando a Dios para no enfurecer demasiado a la sacerdotisa de Zili Freda Dahomey. Me lo imagino rogando para que las sombras protegieran su huida y que Docelia Marie se apiadara de él y lo dejara en paz.

Tal vez es amor de hijo pero creo que, a pesar de todos sus defectos, mi madre no fue una mala mujer. Su corazón era noble y, a su manera, intentaba ayudar a los hombres y mujeres de la comunidad que le pedían consejos y ayuda. En pocas ocasiones aceptaba dinero, se conformaba con algunos regalos y ofrendas que consentía a regañadientes. Recibía desde cajas llenas de fruta y comida, hasta algunos utensilios modernos para la casa y la cocina, me refiero a batidoras, microondas y cosas así. Estos últimos en pocas ocasiones los llegábamos a utilizar. No era demasiado propensa a aceptar sin más los nuevos adelantos que la ciencia ponía ante nosotros. Sin embargo, sí dábamos buena cuenta de la comida que nos regalaban. Gallinas y conejos para los guisos, verduras y pescados, incluso dulces y pasteles. Las ofrendas se convertían en nuestras comidas y cenas diarias.

Pero, después de satisfacer las necesidades básicas, empezaba a surgir su verdadera hambre y, con ella, llegaba la lujuria. Zili Freda Dahomey poseía su alma y su cuerpo, lo que no llegué a entender hasta mucho después. Mi mente

de niño no podía comprender más allá de lo que me mostraban los ojos. No puedo culparme de ello.

Todas las noches follaba con otros sacerdotes y sacerdotisas. Hasta altas horas de la madrugada se repetían los incansables jadeos, en el mejor de los casos, y los gritos e improperios, en el peor de ellos. Las noches se me antojaban eternas hasta que conseguía conciliar el sueño. Al principio me dominaba la rabia. Allí, junto a la pared de mi cuarto, en la habitación contigua, se escuchaba todo; ignoraban por completo mi presencia, como si no fuera nadie, un cero a la izquierda, una sombra insignificante. Pasado un tiempo, resignado, pues no tenía otro remedio, opté por dedicarme a cotillear, escondido para que no me vieran. Observé escenas que jamás en mis pervertidos anhelos juveniles de adolescente había llegado siquiera a atisbar. En mi febril imaginación apenas tenían cabida algunos de los actos que pude contemplar. Es algo que también debo agradecer a mi madre, me refiero a sus enseñanzas en ese sentido. Es bien cierto que, para que los conceptos queden claros, no hay nada como los ejemplos y, cuando son realizados con mayor convencimiento y entusiasmo, tanto mejor para un buen aprendizaje.

Por sus actos se puede llegar a pensar que era una ninfómana trastornada o una prostituta por vocación, por simple placer, pero en su descargo debo decir que la religión vudú es una religión de sentimientos extremos. Se adora a la muerte incluso en mayor medida que se adora a la vida. Los fieles, concededores de que ambos son aspectos de la misma moneda, buscan el beneplácito del inexorable fin. No se puede huir de la muerte, así que hay que unirse a ella, respetarla y adorarla, no existe otra opción. Al otro

extremo se encuentra el sexo. Están separados por un abismo, pero al mismo tiempo íntimamente unidos entre ellos: vida, muerte, las diferentes caras del mismo prisma. Y el sexo como unión entre los extremos, como el lazo que une la vida material con el mundo del más allá.

Sí, Docelia Marie Lachaise fue una sacerdotisa de la diosa del amor, Zili Freda Dahomey. Cumplía bien con la misión encomendada y con la realización de sus rituales, dejándose en ellos tanto su cuerpo, como su propia alma. A fe mía, que la diosa tenía en ella a una muy buena y ferviente servidora. Pero aquello no era una decisión suya, sino una faceta más de una realidad sombría en la que estábamos inmersos y que mi madre no quería para mí.

—Hijo mío —me dijo una vez—, cuando yo no esté, debes alejarte todo lo posible de este mundo. Huir de él como se escapa de la peste.

—¿A qué te refieres, madre? —le pregunté sin entender bien qué quería decirme.

—Estamos rodeados de unas fuerzas que escapan al control de los mortales. Nos adentramos en sus entrañas de forma inconsciente, creyendo que podemos dominarlas, pero no es así. Cuanto más poder creemos tener, más cerca estamos de ser aniquilados.

—¿Y por qué no huimos los dos ahora? —le dije, algo asustado—. Podemos abandonar Nueva Orleans, dirigirnos al norte, quizá a Nueva York o a Washington. Algún lugar donde no nos conozcan y podamos pasar desapercibidos.

—Sería inútil. Yo no puedo escapar —me respondió con tristeza—. Como he llegado demasiado alto, me he involucrado hasta un punto en el que no se puede dar marcha atrás. Y en mi afán no he pensado el gran riesgo

que te hacía correr. Estamos en peligro, pero sobre todo me preocupa tu vida.

—Pues me quedaré contigo para protegerte —le aseguré con toda la convicción que pude imprimir en mis palabras— no me importa lo que me pase a mí. Si estoy a tu lado, nadie nos podrá hacer daño.

Pude ver en sus labios una sonrisa que se tornaba al momento en una leve mueca de tristeza y resignación.

—Sé que si estuviera en tus manos, así lo harías. La fuerza de tu cariño podría mover montañas, pero no puede detener al infierno.

—Por lo menos lo intentaré.

En aquellos días tenía trece años, y a esa edad todos tenemos sueños que vuelan muy alto y una energía indomable e inconsciente que parece comerse el mundo. Pocos años después, es el mundo quien se te come a ti.

Una noche llegó el momento que ella siempre había temido, del que en múltiples ocasiones me había advertido. Se produjo justo cuando el día ya había acabado, horas después del que recuerdo como un bello y especial atardecer. Entró en casa acompañada de un hombre extraño al que veía por primera vez.

Después de esa noche todo cambió.